

Donde existe mi cuna desierta,
A los brazos de entrambos abuelos
El bien que los cielos
Han dado á mi amor!

Te ampare en la tierra
Y haga seas feliz y piadosa
La Mística Rosa,
La Estrella del mar.
En sus brazos tu madre te cierra
Y en su seno te aduermes en calma.
Pedazos del alma,
Sois della el iman!

1859.

ITHAMAR.

A mi amigo el Sr. D. Francisco de Paula César.

I.

—Déjame acariciar de tu cabello
Las trenzas blondas y aspirar el ámbar
De tu boca gentil. ¡Qué magia tienen
Tus ojos que las almas encadena?
A mi atónita vista las mujeres
Que Babilonia en sus jardines cria,
Pasaban y mirando su belleza
Mi ardiente corazón se estremecía.
Pero te ví despues, y desde entonces
Solo por tí respiro, Epha adorada.
¡Pagas mi amor?

—Mis ojos te lo dicen:
Cifro en tu amor mi porvenir, mi gloria.
Pero ¡porqué se anubla tu semblante,
Ithamar?

—Porque al Rey ayer miraba
Que se encontró contigo: irreverente

En tí clavó la vista: yo ví cómo
 Con desigual latido se agitaba
 Su corazón y se encendió su frente:
 Yo conocí, ¡infeliz! que el Rey te amaba.
 —¡Ha puesto en mí su pensamiento altivo?
 Esa idea me inunda de tristeza,
 Que es rencoroso el Rey... ¿Qué dió motivo
 A su escelso homenaje?

—Tu belleza.

Sí, porque yo jamás hallado había
 La gracia que en tu frente resplandece,
 Ojos como los tuyos, ni ese fuego
 Que tus facciones célicas anima,
 Y eso que, bien lo sabes, siempre anduve
 Fuera de mi país de clima en clima.
 Es imposible verte y no adorarte.
 ¡Porqué te miró el Rey? ¡Ah! yo quisiera
 El pecho atravesarle con mi espada.
 —Yo entonces, Ithamar, te aborreciera.
 —¿Le amas acaso?

—La violencia odio,

Y es la persona de mi Rey sagrada.

El sol se oculta ya tras los jardines
 De la opulenta Babilonia: estiende
 Su velo de crespon la húmeda noche;
 Huye la claridad, cesa el bullicio:
 Su perfume las flores orientales
 Entregan á la brisa: busca el íbis
 El conocido árbol en que duerme,
 Y al pálido fulgor de las estrellas,
 Cielo y muralla y almenada torre
 El Eufrates refleja que al pié corre.

Al lado de Ithamar Epha sentada,
 Goza de aquel dulcísimo contento
 Que dá el amor cuando el objeto caro
 Se halla al metal de nuestra voz atento.
 No es más bella la flor de los jardines
 Que el dulce rostro de la asiria jóven,
 Ni tan blanca la tímida paloma
 Cual su pequeña planta, aprisionada
 Con hilos de oro en la sandalia breve:
 Su cuello es más altivo que el del cisne,
 Perlas sus dientes son, sus manos nieve;
 Y al tiempo mismo que con ellas toma
 La diestra de Ithamar "¡Hermana mía!"
 Esclama un jóven que aparece y clava
 En Ithamar su vista recelosa,
 Mientras Epha turbada se desvía,
 A la voz fraternal prestando oído:
 "Mañana Baltasar regió banquete
 A los grandes del reino, á las hermosas
 Pródigo da. Con tus mejores galas
 Ataviada, el Rey verte allí espera.
 Dice que entre las damas de su corte
 Deslumbras como el Héspero luciente
 Junto á los astros de menor valía.
 Quiero, hermana, que vayas obediente
 A su palacio al declinar el día."

—Epha, ¡ya tú lo ves! el Rey procura
 Usurparme tu amor y tu belleza,
 Y yo, infeliz—dijo Ithamar, fijando
 En su amada los ojos con tristeza—
 ¿Te perderé cuando por tí olvidaba
 Mi Dios, mi patria?....

—Cubrirá mi rostro
Ligero velo, y anchuroso manto
Bajo sus pliegues velará mis formas.
El Rey en esa noche, divertido
Entre sus concubinas y magnates,
Quizá no me verá.... ¿Tú allí á mi lado,
Estarás, Ithamar?

—Como guerrero,
Del Rey en el ejército empleado,
Tengo entrada al festin. ¡El rey se guarde
De hacer, á mi despecho, en esa hora
De su poder en tu hermosura alarde!
(Siempre se me atraviesa en el camino
Un hijo vil de esta nacion odiada,
Pensó Ithamar).

—¿La cítara no pulsas?
De esos pueblos que has visto en tus viajes
Ensayá un canto, que las penas calma
De tu voz varonil la melodía.

Toma el jóven la cítara y eleva
Sus ojos á la bóveda estrellada:
Suenan la fresca brisa en la enramada,
Y el Eufrates que al mar sus aguas lleva.
Y apagando en seguida los rumores
De las cercanas aguas y del viento,
Y olvidando un instante sus amores,
Esto el jóven cantó con grave acento:

“Llorando, á orillas del undoso rio,
Presos en Babilonia nos sentamos,
Y nuestras harpas en el bosque umbrío
Al acordarnos de Salem colgamos.

“Que los que en cautiverio nos trajeron
Tras el horror de asoladora guerra,
Templado ya su enojo, nos pidieron
Dulce cancion de la nativa tierra.

“¿Cómo ensayar el canto que solia
A Dios loar en nuestros tiernos años,
Para que en tierra ajena su armonía
Deleitara tan solo á los estraños?

“Pierda ¡oh Salem! mi diestra el movimiento
Si te olvidare de mi afecto en mengua:
Si de tí separado halló contento
Seca se pegue al paladar mi lengua.

“Acuérdate, Señor, de los que el dia
Cuya memoria fenecer no puede,
En la ciudad que al hierro sucumbia
Viles gritaban: “Ni el cimientó quede.”

“¡Dichoso aquel á quien vengarnos toca,
Babilonia, de agravios por tí hechos!
¡El que, para estrellarlos en la roca,
Tus hijos quite á los maternos pechos!”

—Dime, ¿porqué ensayaste á mis oídos
Esa cancion? ¡Insultas á mi patria,
La cuna de mis padres! ¡Estranjero!
Nuestra hospitalidad mal recompensas.
¿Dónde oíste ese canto?

—Lo compuso
Pueblo infelice que se vió cautivo
Dentro de aquestos muros. Considera

Que el vencedor con despiadada furia
 Destruyó sus hogares, arrasando
 La sólida muralla: el campo fértil
 Víctima fué de su rapiña, y luego
 Trajo aquí maniatados sus mujeres,
 Sus ancianos y niños. Al mirarse
 Esclavos entre idólatras, lloraron
 Cuando del patrio suelo se acordaron.
 ¡Qué extrañas tú que en sus lamentos ellos
 Votos formaran de una atroz venganza?
 Un pueblo altivo que se ve ultrajado
 Siente alivio soñándose vengado.
 Terrible huéste á Babilonia cerca:
 Sus moradores hoy duermen tranquilos.
 No saben que la hora de quebranto,
 De esclavitud y muerte se avecina,
 Que escrita está de su ciudad la ruina.
 Por merecer tu amor he combatido
 Contra el persa y el medo. ¡Empeño inútil!
 Terrible es su pujanza y vencedores
 Ellos, al fin, serán.... y yo, infelice,
 Preso en las redes de tu amor, mi patria
 Abandoné traidor, y acaso tiemblo
 Por el destino que á la tuya espera
 Cuando gozarme impávido debiera
 Solo en su destruccion!

—Calla, insensato.

¡Porqué mi corazón te dí sencilla
 Sin conocerte? Un hórrido misterio
 Tu proceder oculta. Dí: ¡traicionas
 A mi país? No en vano de los dioses
 Por la noche el acento oigo severo
 Que me grita en el fondo de mi alma:

¡Porqué diste tu amor á un extranjero?
 Dime, pues, Ithamar ¡cuál es tu origen?
 —Diciéndolo, tal vez me aborrecieras,
 Y si tu amor perdiese, moriría.
 —Mal comprendes mi amor tú si no sabes
 Que aborrecerte yo jamas podría.
 Mi delicia es amarte; mas ingrato,
 Viertes amarga duda en este pecho
 Que, al escucharte, de temor palpita.
 Dime tu origen, ó me alejo.

—¡Aguarda!

—¡Eres?....

—Te lo diré: soy israelita.

II.

En el campo enemigo por do quiera
 Discurren grupos de diversa gente
 De altivo gesto y de mirada fiera,
 Quemado el rostro por el sol de Oriente.
 En las distintas armas reverbera
 La última luz que brilla en Occidente,
 Cuando su sueño plácido sacude
 Y á formar sus legiones Ciro acude.

Ciro, de frente noble y espaciosa
 En que de inspiracion luce la llama,
 De los placeres de una vida ociosa
 Huye, y la guerra y sus peligros ama.

Cíñese ya corona gloriosa;
El orbe todo vencedor le aclama;
Falta una joya á su corona empero,
Y Babilonia la dará al guerrero.

En la muralla la maciza puerta,
Ciudad maldita, cerrarás en vano
Si el enemigo á desaguar acierta
El lecho del Eufrates soberano:
Caminando por él, entrada abierta
Tiene y en tanto, en el festin liviano
Encenagada en lúbricos placeres,
Beoda tú, sin conocerlo mueres.—

De su jóven caudillo al ronco acento
Únense en el instante los soldados,
Y su número cubre el campamento
En órden de batalla colocados.
Los ginetes de Persia, como el viento
Rápidos, y los Médos esforzados
Con sus flechas mortíferas, se agrupan:
Inmenso trecho en la llanura ocupan.

Díjoles Ciro: "Tras inútil muro
Hallaréis al indómito Caldeo:
Hiera su corazon golpe seguro
Y su riqueza os sirva de trofeo.
Esas mujeres de cabello oscuro
Que hacen morir el resplandor febeo
Ante el fulgor de sus miradas vivas,
Esas mujeres son vuestras cautivas."

Clama el guerrero de asaltar ansioso,
Y á sus legiones Ciro sin demora
Lleva á lo largo del profundo foso,
Al brillo de su espada vencedora.
Llegan hasta la puerta y misterioso
Rumor de voces óyese á deshora;
Mas, vencido del sueño que le asalta,
El centinela á su consigna falta.

Vió Ithamar, asomado á la muralla,
Del sitiador la hueste numerosa
Que desfilaba y que formó en batalla.

Quiso seguirla viendo, y presurosa
Llegó la noche á descoger su manto
Con él velando la campiña hermosa.

En lo interior de la ciudad, en tanto,
La casa del monarca se ilumina
Y el viento puebla melodioso canto.

Sediento de placeres se encamina
El cortesano allá, dañado el pecho,
Humilde el rostro que ante el Rey inclina.

Con sentimiento amargo de despecho
Mira Ithamar, su afecto recordando,
El venturoso porvenir deshecho.

¡El Rey es su rival! Luego, pensando
En su estado anterior, vino á su mente
De sus hermanos el cariño blando;

Del clima de su patria el sol ardiente;
El conocido techo á cuyo abrigo
Su tranquila niñez pasó inocente.

Y ahora en el pais del enemigo
Eterno de sus padres, arrastraba
Remordimiento sórdido consigo;

Pues cuando á la ciudad triste llegaba,
Con Epha se encontró, y, al conocerla,
Su alma de su belleza quedó esclava.

Desde el instante aquel llegó á quererla
Cual ama el ave la region del cielo
O su albergue de nácar blanca perla.

Dió por ella al olvido el patrio suelo,
Dios, familia y amigos, sin mas norte
Que ver premiado su amoroso anhelo.

Siendo extranjero en la opulenta corte,
De conquistar un nombre militando
En la hueste del Rey, toca el resorte.

Y fué su nombre ilustre resonando
Luego de boca en boca, y Epha bella,
Premio á su afan con su cariño dando,
Le hizo feliz. ¿Se quedará sin ella?

¡Quién sabe si aquel Dios que los tesoros
Abrió del porvenir á sus profetas
A fin de que anunciaran el castigo
De la ciudad gentil, tocó en el alma

Del jóven de Israel cuerda sensible!
Si trayendo á su mente la memoria
De los serenos dias de la infancia,
Del cielo de la patria, del afecto
Doméstico, mandó que comparase
Con esa paz su agitacion presente;
Que de su proceder se avergonzase
Y que irritado su semblante viera
Porque á dioses del hombre vil hechura
Culto ha rendido, quebrantando impío
Del alto Siná la ley severa!

¡Quién sabe! Que Ithamar, consiguió á solas,
Aquella noche, en lo interior del alma
Oír creyó la voz de su conciencia
Que le dijo: "abandona esos amores;
Torna prestó á la tierra de tus padres;
Desagravia á tu Dios." Ithamar dice:
Si Epha abriera sus ojos hoy velados
Al rayo hermoso de la luz del cielo,
Y el culto de mis padres abrazara
Conmigo hácia Israel la llevaria,
Y del hógar que me albergó de niño
Fuera el ornato y fuera mi alegría.
Mas si Epha á seguirme no se atreve,
Y á despreciar mi amor está dispuesta,
Mañana salvaré yo solo el muro
De Babilonia, sí.—¿Lo jurarias?
Se preguntó á sí mismo, y en voz alta
Se respondió sin vacilar "Lo juro."

III.

Todo es placer en el recinto bello
Del palacio del Rey. En los salones
Lámparas cien derraman su destello
Suspensas de los ricos artesones.

En jarrillas de oro prisionero,
Languidece allí el nardo y se consume;
Por do quiera en preciado pebetero
Arde y se exhala el oriental perfume.

Cubre mullida alfombra el pavimento,
Y al grato son de melodiosa orquesta,
Sus danzas á tejer, con ardimiento
La descuidada juventud se apresta.

Allí va la impudente concubina;
Allí quien brilla en la guerrera lucha;
Allí la jóven que su faz inclina
Mientras de amor la confesion escucha.

La que en todos los pechos seductora
Pone de amar vivísimo deseo,
Es esa jóven que se acerca. Aurora
En su lenguaje la llamó el caldeo.

De niña sumergió sus trenzas blondas
En la corriente del Eufrates frío,
Y su cabello en apacibles ondas
Acrecentóla enamorado el río.

Prestó el cisne la forma á su garganta,
A sus labios su púrpura la rosa:
Céfiro ligereza dió á su planta,
Y fuego el sol á su mirada hermosa.

Amó á Ithamar al conocerle un dia,
Y traicionó su oculto sentimiento
El rubor que su faz teñir solia,
Leve suspiro y su turbado acento.

Aurora de Ithamar anheló en vano
Tierna mirada emblema de esperanza,
Dulce presion de la robusta mano
Que la condujo en la festiva danza.

Hielo encontró donde anhelaba fuego;
Sus rojos labios el silencio sella.
A Epha miró con Ithamar, y luego...
¡Oh! ya no mas me preguntéis por ella.—

Epha allí está: de trasparente velo
Cubierto lleva el rostro peregrino;
Resalta el manto de color de cielo
Sobre su veste de nevado lino.

Del salon á un extremo retirada,
Allí con nadie habló, triste paloma;
Mas nunca en el jardín queda olvidada
Humilde flor si la vendió su aroma.

Viéronla allí tal vez los cortesanos;
Labio indiscreto pronunció su nombre;
Es—dicen—la de encantos soberanos,
La vírgen cuya faz subyuga al hombre.

También Aurora la miró, y, ardiendo
En hoguera de celos la infelice,
Del Rey el nuevo amor ya conociendo,
A Baltasar se aproximó y le dice:

—Epha allí está, señor.—Yo la esperaba,
Contestó, al parecer, indiferente,
Y con fuego satánico brillaba
Buscando á Epha, su mirada ardiente.

—Id y traedla de mi trono al lado:
No puede ser que entre confusa turba
Tenga su encanto celestial velado
Esa mujer que mi razon perturba.

Gozosa Aurora va, sin dar oído
Al murmullo que hermosa la proclama,
Y á su rival con odio reprimido
Trémula dice—Baltasar os llama.

Epha, su voz acobardada oyendo,
Mirada inquieta en derredor tendia,
Y á su bella enemiga fué siguiendo,
Que el guerrero Ithamar no parecía.

Al fin llega Ithamar cuando giraba
En el festin la cincelada copa
Que dulcísimo néctar ofrecia
A los sedientos labios. Deseoso
De hacer alarde el Rey de su riqueza
Y mostrar los trofeos de su gloria,
Manda que traigan los sagrados vasos
Que un tiempo al culto del Señor sirvieron

Allá en Salem, y de espumoso vino
Llenos en el instante todos fueron.
Insensata la turba en ellos liba,
Y el monarca tambien, que los ofrece,
A su vez, á Ithamar: éste, indignado,
Le rechazó con denodado brío,
Diciéndole: "Ese Dios de quien te burlas,
Es el Dios de mis padres: es el mio."

Absorto Baltasar al jóven mira....
Callan los concurrentes.... Del monarca
Iba á estallar la procelosa ira,
Cuando aparece en la pared, terrible
Y misteriosa mano; traza en ella
Signos desconocidos y al momento
Como el humo sutil se desvanece:
El monarca y los súbditos se miran:
Crece el silencio, y el espanto crece.

Nadie hubo allí que descifrar pudiera
De los siniestros signos el sentido:
Se acercan los varones que atesoran
La copia rica del saber humano
Y luego la confusa faz inclinan
Sobre el pecho, de todos en presencia.
Llega tambien Nitóoris, madre augusta
Del Rey, y dice que á Daniel se llame,
Sabio varon que el porvenir conoce
Y ha explicado sus sueños á ella misma:
Parten á conducirle y, entretanto,
La concurrencia en su temor se abisma.

Conduce á Epha al pórtico y á solas
 El Israelita: sofocante el aire
 No lleva allí el perfume de las flores
 De los pensiles bellos: ningun astro
 Disminuye las sombras de la noche
 Que á su mitad se acerca. Si el bullicio
 Báquico del salon cede al silencio,
 Rugir no se oye el caudaloso Eufrates.

—Es la postrera vez que nos miramos,
 Dijo Ithamar: un delicioso sueño
 De mi alma alucinada se hizo dueño
 Y hasta ahora consigo despertar:
 Preciso es que yo parta, y en la tierra
 Que muertos cubre á los abuelos míos
 Llore mis criminales estravíos,
 Náufrago, al pié de conocido altar.

Que yo te amé, y en tu regazo blando
 Ni escuchaba la voz de la conciencia:
 Fueron tus ojos luz de mi existencia
 Y á mis oídos música tu voz.
 ¡Ay! por vivir contigo eternamente
 Mi desdichada patria dí al olvido;
 Tus dioses adoré; traidor he sido
 A mi conciencia, á mi nacion, á Dios!

No me repliques, no, que tus palabras
 Dardo serán que me traspase el pecho:
 De nuestro amor el nudo está deshecho:
 No me detengas, déjame partir.

Lágrimas no así viertas, ni me tiendas
 Para estrecharme tus amantes brazos:
 Muero si parto; mas ningunos lazos
 Fuertes serán á sujetarme aquí.

¡Oh! si abjurando ciega idolatría
 Tus bellos ojos á la luz abrieras,
 Conmigo á mi país prófuga fueras
 A formar las delicias de mi hogar.
 ¡Dulce quimera! Baltasar te ama;
 Pagará con un reino tu hermosura:
 Yo me alejo transido de amargura:
 Olvídate de mí. ¡No puedo mas!

—¡Dioses! ¡qué me sucede en esta noche
 Que con fuego sutil arde mi frente;
 Que me sofoca el abrasado ambiente
 Y del pecho se sale el corazon?
 No me es dado pensar; no tengo ideas.
 ¡En tu lenguaje idólatra me llamas?
 ¡Dices que partirás? ¡Que no me amas?
 ¡Eso dijiste, ó me engañaba yo?

¿Cuál es tu religion que así condena
 El fugace placer de los sentidos;
 Que torna á los amantes fementidos,
 Que odiar te manda á una infeliz mujer?
 ¡Porqué amargar los pasajeros dias
 Que de existencia el cielo nos ha dado
 Si al fin el cuerpo en el sepulcro helado
 Pasto de los gusanos há de ser?

—Mi religion, repuso el Israelita,
Hace al mortal de sus pasiones dueño;
Le dice que la vida es breve sueño,
Y le aguarda tras él vida mejor.
¿Qué harás cuando el pesar te oprima el alma?
Yo si padezco, otra existencia aguardo;
Tú, al ver que á los demas no alcanza el dardo
Que te hiere, maldices á tu dios.

Mañana partiré. Nunca tu imagen
Se alejará del corazon herido:
Siempre tu acento sonará en mi oído;
En sueños solitario te hablaré.
Apartémonos ya, porque á mis ojos
Quiere asomar el reprimido llanto,
¡Epha gentil! Me subyugó tu encanto —
Y el hechizo rompió. ¡Triunfó el deber!

—Oye, si no es tu Dios vano pretesto
Para dejarme, llévame contigo:
Tu mismo hogar me servirá de abrigo
Y el Dios que adoras tú será mi Dios.
Abandono mi patria, mi familia....
—¡Ventura celestial que no soñaba!
¿Irás conmigo?—Cual sumisa esclava
Iré contigo, porque tuya soy.

Daniel, en tanto, en el salon fastoso
A Baltasar estas palabras dice:
Nabucodonosor tu padre, un dia
Recibió de mi Dios poder y gloria:
Mil pueblos sometidos le acataban;

Mas dió en su pecho entrada á la soberbia;
Dios le lanzó del trono, y con los brutos
Muchos años vivió, sin mas sustento
Que la yerba del campo; en él sufría
La lluvia, el sol, hasta que, al fin, recuerda
De Jehovah la Omnipotencia, y palpa
La vanidad del hombre... Tú lo sabes
Y tambien contra Dios te ensoberbeces
Y tus inmundos ídolos adoras,
Y á los sagrados vasos que han servido
Al verdadero culto, tus rameras
Los sacrilegos labios aplicaron,
Rey, á tu ejemplo! Del Señor la ira
Rebosa: en la pared su mano traza
Caracteres que ciego desconoces:
Su contenido, atento escucha ahora:
"Contó el Señor los dias de tu imperio,
Y término les puso. En su balanza
Fuistes hallado falto. El reino tuyo
Repartióse á los medos y á los persas."

Por mandato del Rey á Daniel visten
De púrpura riquísima; á su cuello
Ciñen oro de Ofir, premio á su ciencia:
Párte, y al Rey erízase el cabello
Al recordar la celestial sentencia.

Mas remoto creyó su cumplimiento,
Y hasta olvidarla en el placer ansia:
Vuelve á animar á todos el contento;
Danzas vistosas tejen todavía.
Turba el licor, al cabo, los sentidos
Junto al trono, con ojos adormidos,

Y acallando los gritos que levanta
 Ébria la multitud, con voz sonora
 La reina del festin, la bella Aurora,
 Al compas del laúd, aquesto canta:

“Cortemos las flores que al paso encontremos:
 Jamas codiciemos las que han de nacer:
 ¿La muerte sospechan que vil nos aguarda?
 Mientras que gozamos, su golpe retarda;
 ¡Bebamos! ¿Qué importa que venga despues?

“¡Oh Rey poderoso! Tu amor no es pagado;
 Te deja burlado austera beldad.
 ¿Porqué no arrebatas el bien que te esconde?
 Sin premio tú solo suspiras en donde
 Premiado ven todos su dulce anhelar.”

Tiró el pudor la máscara: al instante
 Ósculo impuro por do quier resuena:
 Acaricia la jóven al amante;
 Truécase el baile en bacanal obscena.
 A Epha Baltasar en brazos toma
 Cual apresa el halcon débil paloma,
 Pintado el gozo en su semblante fiero:
 De cólera Ithamar lanza un rugido,
 Y al pecho del monarca dirigido
 Súbito brilla su afilado acero.
 Mas no le hirió, que en el instante mismo
 Álzase afuera un alarido horrendo
 Cual salido del fondo del abismo;
 Y el aire puebla desacorde estruendo.
 Inúndase el salon de gente estraña,
 Que á cuantos allí ve hiere con saña:

Retrátase en los rostros el espanto:
 El Rey sucumbe por el persa herido,
 Y las mujeres que su encanto han sido,
 Piedad imploran con inútil llanto.

La noche estaba oscura; las calles ocupadas
 Con hórrido combate. Confusa vocería
 A poco alzó la turba que derrotada huía
 Ante la hueste persa que en la ciudad entró.

Corre Ithamar, á Epha llevando alborozado,
 Y cuando llega al muro que alzábase sombrío,
 Ve con asombro inmenso que el caudaloso rio,
 Siguiendo nuevo curso, su lecho abandonó.

Cuando despunta el alba, desde escarpada cumbre
 Mirando á Babilonia que al lejos aparece,
 La vista lleva al cielo, y su contento crece
 Y esclama: “Al fin vengada te ví, Jerusalem!”

Va á proseguir su marcha; mas Epha, al escucharle,
 Se affige, y de su pecho sale gemido blando:
 Él su apacible frente solícito besando,
 La dice: “¿Porqué lloras? Tu patria es Israel.”